

Por su carácter testimonial, no es exagerado afirmar que *La transición mexicana* es una descripción que nuestra sociedad hace de sí misma a través de uno de sus intelectuales más activos. Creo que esta afirmación nos permite comprender a plenitud la manera en que este libro describe, desde una perspectiva histórica y comparada y con un discurso singular y creativo, el reciente cambio político de la sociedad mexicana.

En primera instancia, Cansino se pregunta cómo se liberaliza un régimen autoritario, y específicamente cómo se liberalizó el régimen mexicano no-democrático. Para responder a estas preguntas elaboró un modelo de análisis a partir de dos principios: *a)* el de las posibilidades de acción de los actores y *b)* el de la autoorganización de los sistemas políticos.

Al aplicar el modelo al análisis del caso mexicano, define a la liberación política como una estrategia de adaptación del régimen autoritario, y a la democratización como el establecimiento de una nueva relación entre el Estado y la sociedad civil.

Partiendo de estas premisas, describe el deterioro del régimen priísta y la alternancia panista como un largo proceso en el que el Estado liberalizó gradualmente al régimen, hasta perder su control.

Al comparar el caso de México con los de Argentina, Brasil, España y la Unión Soviética, establece una periodización plausible de los ciclos cortos de la liberalización y la democratización mexicanas. Para él, el ciclo que fue de 1968 a 1976 se caracterizó por una apertura política concedida a las clases medias; el de 1977 a 1988 por la baja legitimidad de las políticas estatales y el incremento de la participación ciudadana, lo que provocó que entre 1985 y 1988 la liberalización comenzara a ser disfuncional para el Estado.

Para Cansino, el Estado ya no pudo dar marcha atrás a la liberación política. Aun así, afirma que fue sólo después de 1985 y hasta 1997 que se visualizaron cambios significativos en el sistema de partidos. Al respecto, establece una relación entre la liberalización atípica y la transición "ambigua", "sui generis", "híbrida". A partir de esta relación, contribuye a ampliar los discursos transitológicos que regularmente descuidan algunas

* César Cansino, *La transición mexicana*, CEP-COM, México, 2000.

variables —como la transformación del ejército, las policías y el poder judicial—, pero sobre todo insiste en no ceder ante quienes piensan que en nuestro país la transición no requería necesariamente de la alternancia.

No obstante el discurso demasiado formal del libro, si asumimos su carácter testimonial concluiremos que es un esfuerzo para superar el agotamiento de la matriz discursiva de la transitología, que hasta hace poco tiempo sólo multiplicaba los adjetivos de la transición y, autorreflexivamente, decía estar harta de que el sistema político no transitara.

Quizá este libro comparta la desesperación que embargó a los analistas políticos mexicanos al observar que la transición adquiriría rasgos de transición permanente. Al respecto, Cansino se pregunta “si acaso la élite gobernante, contra todo pronóstico, pudo institucionalizar por segunda vez un régimen político no-democrático”, e incluso llega a sostener que el Estado “se decidió por la recomposición del régimen[...].” Por supuesto, la principal virtud de su cuestionamiento es que anticipó la probabilidad de la alternancia... pero no estoy muy seguro de si en esos años pensó en que las probabilidades de la misma eran altas...

Por último, el libro es un testimonio, y como tal nos emplaza a enfrentar diversas tareas académicas y políticas. Es posible que en los próximos años se vuelva una referencia obligada... independientemente del curso que tome el debate político. Lo que sí es seguro es que posibilitará tematizar “la consolidación democrática”, la división de poderes, las transiciones locales... si se registran, así como las estrategias virtuales de gestión del nuevo régimen democrático.

Por supuesto, para enfrentar estas tareas la cuestión democrática nacional nos exigirá repensar el tema democrático en un sentido menos restringido, como hasta ahora lo hemos hecho. Para tal efecto, quizá sea necesario insistir en que no basta describir y construir la democracia como un método de gobierno, sin interrogarnos para quiénes se gobierna. En ese caso, necesitamos una operación que puede enunciarse en una frase —para muchos de ultratumba—: “dar un paso adelante y dos atrás” para, una vez superado el desprecio por la democracia, tematizar públicamente la manera de utilizarla para reducir la desigualdad.

José Alfredo Zavaleta Betancourt